

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 cts.

Redacción y administración: Calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Paquete de 30 ejemplares . . . 1'00 ptas.
Suscripción: España, un trimestre . 1'00
" Extranjero, " . 1'50

SOBRE UNA CONTROVERSIA

El estatismo y el anarquismo

A consecuencia de una serie de conferencias a las que dió principio el abogado señor Antonio Montaner con el tema «Necesidad de que los obreros militen en la política», están sosteniendo actualmente una controversia con dicho señor los compañeros Cortés, Pestaña y Seguí.

La invitación a la controversia por el abogado republicano señor Montaner sólo puede obedecer a uno de estos dos motivos: desconocimiento de la filosofía anarquista, trituradora del Estado (ignorancia que no creemos en el señor Montaner) o creencia de que los anarquistas de Barcelona, por integrarse exclusivamente de obreros, carecerían de las suficientes facultades de ilustración y cultura para ello, lo que, si así fuera, tendría que reconocer que este fué su primer error.

Desvanecidos todos los sofismas que con gran maestría expuso el conferenciante, no pudo éste contestar categóricamente a los axiomas anarquistas, sino que, divagando, llegó hasta a contarnos un cuento oriental de *Las mil y una noches*.

Y se comprende el aprieto en que estuvo el señor Montaner para contestar a Seguí, a Pestaña y a Cortés. A pesar de sus grandes facultades y recursos de orador, le faltó lo que no pudo hallar, porque no existe: las razones lógicas necesarias para demostrar lo indemostrable y para negar las razones vivas que en contra de la política estatal expusieron nuestros compañeros.

En todas las discusiones, en todas las controversias, siempre la lógica vencerá al arte.

El conferenciante había presentado al Estado moderno como la garantía del orden y del progreso humano; y cuando tuvo que responder a las réplicas hubo de hacerlo batiéndose en retirada, diciendo que el Estado «moderno» no existía hoy...

¿Pues qué? ¿Acaso el Estado moderno no es esa *democracia* (en la que el señor Montaner milita) que gobierna ha más de medio siglo en el mundo? ¿No es en los Estados democráticos de Europa y América donde el proletariado miserablemente oprimido, vejado, robado y asesinado, cuando ya agotados todos los medios de reclamación busca por su propia acción remedio a su miseria, la burguesía lo sitia por el hambre y la autoridad lo persigue, lo atropella, lo encarcela y lo fusila?

Son el mal del mundo, pues, el Estado y sus derivados, la autoridad, el capitalismo y la propiedad.

La afirmación del señor Montaner de que el Estado es necesario para el bienestar humano, nos recordó lo que muy chuscamente dijo en cierta ocasión un filósofo de *gaceta*, republicano también, y era de que «el Estado y la autoridad son como dos grandes zapatos con los cuales la Humanidad anda» añadiendo que «peor sería andar descalzo».

Es evidente que el Estado no es la garantía de la evolución hacia el progreso, ni la garantía del orden, ni la del bienestar del individuo; al contrario,

con sus grandes represiones detiene la marcha de la civilización. Más que hacer andar al pueblo, hace todos los esfuerzos para mantenerlo en estado de estupidez; el pueblo tropieza y cae continuamente con sus grandes zapatos. La actual guerra europea es una prueba bien horrorosa de ello...

El Estado. La autoridad que de él dimana. ¡He aquí lo que se nos presenta con sofisticadas razones como garantía del orden, del bienestar y de la paz, cuando en su práctica, en realidad, vemos, por el contrario, que son causa de guerras no sólo interiores, sino entre las naciones distintas del mundo, que generan y fomentan todo malestar y toda miseria, que son causa provocadora de todos los desórdenes.

¡El Estado! Durante siglos se han ensayado todos los sistemas desde el personal absoluto, hasta el democrático social con el *referendum* inclusive, y la opresión y el malestar han continuado.

No se comprende tampoco que el Estado simbolice el orden, cuando para sostener este orden necesita de la existencia permanente de la fuerza armada. Ese orden no puede significar paz ni armonía, sino resignación y conformidad con todos los males existentes; y como no puede haber conformidad y resignación en ser vejado, robado y oprimido, de ahí la *necesidad* que tiene el Estado de la fuerza armada para imponer la conformidad incondicional y a la cual llaman *orden*...

El orden que el Estado impone no es más que el resultado de horribles coacciones ejercidas para que se acaten las leyes que consagran la usurpación de los frutos del verdadero productor y de los bienes naturales.

¡Este es el *bienestar* y el *orden* que garantiza el Estado!

La sociología anarquista es la Razón y la Verdad dadas a luz por las Ciencias todas en conjunto y fundamentadas en la Naturaleza. Es el ideal que puede resumirse en estas palabras: Nacer, crecer, instruirse, trabajar, crear, procrear, amar y gozar, todo... todo libremente, sin leyes estúpidas ni tiranos que esclavicen al Hombre.

No es en la política, escuela de tiranos, donde debe actuar el obrero para conseguir su emancipación como *clase*, ni es del Estado de donde ha de manar su bienestar y libertad. Ha de actuar *sobre sí mismo* conjuntamente con los demás de su condición, abrazando y propagando al mismo tiempo el ideal de igualdad económico social que solo en la Anarquía cabe, y por cuya vida es preciso que se apreste para la revolución más grande y completa que habrán visto los siglos.

Nosotros nos congratulamos del mutuo respeto y cultura demostrados en las controversias, que aun no han terminado y que tienen lugar en el Centro republicano del distrito V, tanto por parte de los oradores como del pueblo allí reunido sobre el cual la semilla libertaria lanzada por nuestros amigos no caerá estérilmente.

Yo, y los defensores del actual régimen

Yo soy el sol vivificador que alumbraba por igual las altas cimas, como los tugurios habitados por los esclavos modernos; yo reparto por igual mis dones y mis lacras; vosotros hacéis mercantilismo de la amistad, y negáis al hombre lo que natura le ha concedido; queréis ser respetados y no respetáis el derecho.

Yo camino por las regiones sublimes del ideal; vosotros os movéis a ras de tierra; todo cuanto hacéis es interesado, no adquiristeis ninguna amistad por afinidad, por amor; cuando os dirigís a alguien es asunto preconcebido,

mándole amigo, y cuando habéis conseguido vuestros propósitos, y pasáis por donde se encuentra, encorvado en la labor cotidiana, respirando miasmas asfixiantes, sólo tenéis para él una mirada de desdén.

Ya soy la normalidad, el retorno a la verdadera vida, el equilibrio en las relaciones humanas, en una palabra, el bien, el amor y la belleza; vosotros sois el producto de la ignorancia, causa y efecto de una sociedad desequilibrada; engendráis la cobardía moral y creáis los «valientes» encanallados.

Yo hago el bien por amor a la justicia; vosotros matáis en flor ese germen producto de la solidaridad humana; tenéis el corazón enfermo atacado de parálisis por el no funcionamiento, no existiendo en vuestra vida ampulosa nada que enaltezca ni humanice vuestros actos.

Yo, al ponerme en contacto con la hembra, lo hago siguiendo los impulsos de mi corazón; vosotros, antes de consultar el corazón indagáis lo que aportará al matrimonio, equiparando con ello a la mujer, mitad de la especie humana, con el labrador que va al mercado a comprar ganado, e inquiera, antes de tratar, si la casta es pródiga.

Yo propago mis ideas en la plaza pública para que puedan ser fiscalizadas con luz meridiana; vosotros rehus la mirada del sol; vuestros planes téntricos los tramáis en la oscuridad de vuestra guarida; evocáis la penumbra y teméis a la claridad.

Yo propago por doquier la paz entre los humanos; vosotros fomentáis la guerra para expoliar al vecino; yo no creo en divinidades ni en dogmas mixtificadores de la ciencia y la razón; vosotros alimentáis ese farrago de atracciones, y en vuestros latrocinios y trapecerías invocáis su protección; no concebís un mundo sin dios y concebís un mundo sin conciencia.

Ante la lucha económica sois malhechores empedernidos, porteaestandardes de la crueldad; sois un monstruo sin entrañas.

Yo, en mi paso por el mundo no dividido a los hombres en clases; vosotros los catalogáis en el tanto por ciento que aportan en el artificioso valor que con malas artes se acumula. Yo, cuando veo al hombre me asalta la idea de inquirir sus cualidades; vosotros, lo primero que hacéis es indagar el capital que representa; yo sigo en todo los impulsos de mi corazón; vosotros los del abdomen.

Yo soy la síntesis, vosotros la antítesis; yo me afirmo, vosotros os bamboleadis; yo voy siempre hacia arriba, hacia adelante; vosotros os arrastráis en bajas pasiones partidistas.

Yo estoy en continuo crecimiento; vosotros en perenne agotamiento...

Yo... ¿Que quién soy yo? Yo, soy la Anarquía.

ZEUS

ANTE EL ETERNO PROBLEMA

¿Habéis oído alguna vez el llanto de un niño hambriento? Produce dolor, angustia, tormento.

¿Nunca sufristeis ese dolor, esa angustia, ese tormento, ante un niño con hambre? ¿No? ¿Qué sentimiento es el vuestro, entonces? ¿Tenéis corazón? ¿Y si lo tenéis ¿late?

En verdad os digo, hombres, que es vergonzoso, que es cruel, que es inhumano que los niños no coman. ¡Y hay millares de niños así! ¿Por qué?

De muy antiguo renacen las causas, y son horribles y son trágicas y son cruentas. Es preciso que desaparezcan estas causas, por nuestra dignidad de hombres; que no se diga en el porvenir, que nosotros, hijos del siglo veinte, con abnegación cobarde, dejamos que las criaturas, abandonadas, murieran de inanición.

Atravesar ahora España y Europa y América. Y en todas partes, el mismo grito atormentará vuestros oídos. ¡Es el hambre que grita! Hagamos nosotros que grite la rebeldía.

¡Rebeldes hacen falta para que cese el hambre!

¿Dónde está la rebeldía? Busquémola en el fondo de nuestro corazón; hagamos por que florezca en nuestro cerebro, y después, como un manojo de flores, arrojémosla al viento.

¡Fructificará! Y su fruto será magnífico, y los niños, alimentados entonces, nos pagarán con una sonrisa, que la habrán cambiado por el llanto, alegres y ufanos y contentos de no tener hambre.

Es preciso tener endurecido el corazón, y las fuentes de amor secas, y muerta la sensibilidad, para no conmoverse hondamente, profundamente, ante el cuadro demasiado triste de un hogar pobre. ¡Y son tantos estos hogares! Por doquiera el hambre se alza, se levanta triunfante, como un espectro fantástico. ¡Derrumbemos. altivos, ese espectro! Pues qué, ¿siempre ha de atormentarnos?

Es ya demasiada cobardía, hombres. ¡Acaso pueda decirse un día que no fuimos, que no procedimos como hombres!

Y ese juicio futuro que de nosotros, con justicia pueda hacerse, debe preocuparnos, debe empujarnos también a obrar para que no se haga.

En todas las épocas pasadas, cuando los pueblos atravesaron por momentos decisivos, como el presente, se rebelaron.

¡Es vergonzoso que el ejemplo a nada nos mueva!

Y el hambre es ahora más horrible, porque ya se sabe que no es justa; sin embargo, la sufrimos. ¿Qué pensar de nuestra actitud? El hombre puede sufrir las amarguras, dicen. Sea.

La mujer todas las abnegaciones, afirma. Sea también.

Pero, ¿y el niño? ¿Puede sufrir el niño? ¿Es justo, es humano que sufra? No. Levantemos la voz en esta negativa. Que sea más bien un grito, o una amenaza, o las dos cosas a un tiempo.

El niño no debe sufrir. Y una sociedad con la cual los niños sufren y lloran y pasan hambre y mueren, debe desaparecer. ¡Pronto!

Está sostenida en el sufrimiento de la generación de mañana; se alimenta con sus lágrimas, con el dolor horrible de sus pequeños estómagos vacíos, con la pobre sangre que corre por sus venas, con todo eso tan delicado, tan indefenso, tan augusto.

¡Anarquistas! Nosotros somos los llamados a evitar ese sufrimiento. Acudamos, multiplicándonos, desdoblándonos, a evitarlo.

¿No sentís en vuestros nervios sacudidas dolorosas ante el sufrimiento de todos?

¿No os parece algunas veces que el corazón os duele ante el dolor de los demás?

¡Sembrad este dolor y estas sacudidas vuestras en todas partes, prodigados, rociados! ¡Que ellos tendrán la virtualidad de hacer sentir a otros seres idénticas sensaciones de dolor! Y pensarán. Y estudiarán. Y se harán rebeldes. Y he aquí que sobre el campo de la indiferencia germinará la bella flor de la rebeldía. Flor simbólica, roja como la sangre generosa de los fuertes luchadores que dieron su vida en holocausto a la vida de los otros.

¡Cultivemos esa flor!

Nuestros cuidados para ella serán porque cese el hambre, porque no haya más miseria, porque las mujeres no estén tan tristes, porque los hombres no marchen tan cabizbajos, agotados todos por el trabajo excesivo, por la tisis, esa enfermedad de la *civilización*, por carencia de todos los medios que hacen de la vida algo alegre y riente y tranquilo.

Serán también porque no lloren los niños, porque no mueran esos ensueños de amor hechos carne, carne delicada y tierna como el mismo ensueño; serán porque sonrían siempre y porque tiendan sus brazos a todos los seres en ofrenda de un beso.

Hombres, ¡cultivad esa flor!

Y si no lo hacéis, ¿qué camino os queda a seguir?

La sociedad actual ha llegado a un extremo tal, que no puede ya sostenerse. Está fracasada. Caerá.

Si nosotros, faltos de iniciativa, no sabemos aprovechar su caída, seguirá el hambre, seguirá el mal, seguirá cerniéndose sobre los hogares pobres la muerte.

¡Y en vano todo el esfuerzo de los que nos han precedido en la lucha!

¡Qué ofensa a su obra, qué maldad para nosotros mismos! ¡Qué maldad, sobre todo, para los niños!

Les dejaremos sin solucionar el eterno problema. Y mañana podrán reprocharnos.

Antes que darles el presente como está, sería preferible acaso la esclavitud. Entonces, al menos, tenían asegurado el sustento. Hoy, ni aun eso. ¿Decís que eran esclavos? ¿Sois hoy libres? Además, que para conquistar la vida de los niños no quedan otros caminos. O la esclavitud que les daba el pan, o la revolución que les dará, a más del pan, la libertad. ¡Escoged!

DIONYSIOS

Desbrozando la senda

Ladeábamos el monte, fatigados, sudorosos. Las fragosidades de la escarpa dificultaban la ascensión al lomo de la ingente mole, pero Pepín no desmayaba, ama el espectáculo de la Naturaleza y para alcanzar una culminación desde donde otear soberbios panoramas pone a contribución todo el vigor de sus piernas infantiles. La tarde primaveral; una exuberancia de galas que Natura se permite muy raras veces en los meses de invierno. Engastado en el azul sin mácula del firmamento, un sol esplendoroso inunda la tierra y el espacio con sus rayos de luz vivificadora. Sofoliento bajo sus caricias, a nuestros pies se extiende el mar sin límites maquinando quien sabe qué horribles proyectos de muerte y destrucción para cuando le plazca desencadenar sus furias. El diáfano cristal de las aguas, la superficie tranquila y coruscante devolviendo en reverberaciones cegadoras el diluvio de luz que del astro recibe, engañarían a quien no lo conociera.

Pepín, con mirada escrutadora, descubre en el lejano horizonte algo que debe interesarle a juzgar por la exclamación de alegría que brota de sus rosados labios.

—Mira, Juan, un vapor— y extiende el brazo en dirección al mar.

—Sí, es un torpedero, un buque de guerra.

—¡De guerra...! Hace tiempo que en todas partes se ven imágenes de la guerra y no se oye hablar de otra cosa... ¿Por qué hacen guerra los hombres? ¿No podrían vivir sin destruirse?

—Los hombres se destrozan, Pepín, porque unos pocos tienen interés en ello y son lo suficiente astutos para arrastrar a los restantes. Los que desean la guerra son los poderosos, los que mandan; y los que carecen de energía para impedirlos somos nosotros, los pobres, los que nacimos para obedecer.

—¿Entonces esos poderosos serán muy malvados?

—Sí, Pepín, su maldad es tan grande que sólo pueden igualarla nuestra ignorancia y nuestra cobardía.

El aire cálido, inerte, impregnado de aromas montaraces, evoca en mi mente, por caprichoso contraste imaginativo, la idea de fábricas, tabernas y lupanares con su atmósfera pestilente, y por un instante se me antoja imposible, inaudito, que la resignación y el extravío de los sentidos hayan llegado en el ser humano al extremo de desperdiciar la existencia en semejantes focos de infección.

—¡Un automóvil, Juan, allí, mira!— excluta Pepín indicándome la carretera.

En efecto, por el declive que forma en aquel paraje resbala velozmente el vehículo, levantando tras de sí una densa nube de polvo mientras atruena el espacio con los alaridos de su bocina que repercuten en las concavidades de la sierra contigua y hacen buscar refugio a una bandada de pajarillos azorados por el insólito espectáculo.

—Es el auto del señor Antonio; a propósito ¿sabes que ese señor es muy bueno? Ha donado algunos centenares de duros para los pobres y los enfermos del hospital. Mamá siempre dice que todos debieran ser como él.

—Fu madre se engaña, Pepín; el señor Antonio es un rico como los demás, es un poderoso de los que te hablaba hace poco. Observa como, desde el comienzo de la guerra, varias fábricas de la población han ido ampliándose a la vez que el número de obreros empleados en ellas aumenta constantemente; la del señor Antonio, por ejemplo, ha triplicado la producción. El oro de las naciones combatientes afluye a las arcas de los fabricantes a cambio de sus mercancías como corren hacia el mar las aguas de aquel riachuelo. Sueñan con hacerse millonarios, multimillona-